I

Apenas entrar al bar, se ganó la mirada de todos los parroquianos. Pero no porque fuera hermosa, (que si lo era) o porqué vistiera de modo un tanto extraño, sino porque no pertenecía a la especie de hombres y mujeres que solían frecuentar aquel lugar.

Era alta, elegante. De cabellos obscuros y lacios. Velaba parte del rostro armonioso que la naturaleza le había dado, con unas gafas negras. El traje gris que cubría sus formas, no parecía haber sido comprado en una tienda de saldos, sino en una de esas boutiques de moda, a donde suelen ir las damas adineradas de clase alta, para adquirir allí sus prendas. Pero ella no pareció darse cuenta de la admiración que despertaba, y continuó su paseo en medio de las mesas a las que iba sorteando. Finalmente eligió una. Esta estaba recostada a una de las tantas ventanas que daban a la calle. Ya sentada, agitó una mano para llamar al mozo.

- ¿Qué le puedo servir, señora?

- Un wiski con hielo, por favor.

Cuando el mozo abandonó la mesa, ella, la dama de gafas, encendió parsimoniosamente un cigarrillo. Soltó un par de bocanadas por una mueca que formó su boca, y luego se puso a mirar por la ventana hacía la calle. Pero allí no había mucho que ver. Los pocos transeúntes que pasaban ante sus ojos, eran como delgadas sombras, todas arrancadas de la fría noche.

Regresó por fin el mozo. Depositó un vaso cargado de hielo sobre la mesa, vertiendo luego en el mismo una generosa porción de una botella que traía consigo, y volvió a marcharse.

Ahora la mujer, a través de sus gafas negras, deslizó una mirada hacía la barra, y lo primero que vio fue a una jovenzuela sentada allí. Se quitó las gafas para contemplarla mejor, y descubrió que tenía cabellos cortos, rubios. Pero desde donde estaba, solo podía mirar su perfil, pero ya este le resultó interesante. La muchacha tenía una nariz pequeñita, que de tanto en tanto frotaba con el dedo índice de una de sus manos. Fuera lo que fuera lo que bebía, este elixir les había puesto un tono rosáceo a sus mejillas, y esto la hacía aún mas infantil. ¿Cuántos años podía tener? ¿Dieciocho? ¿Qué hacía allí una muchacha de dieciocho años? Tal vez era una callejera. Pero no. No daba esa impresión.

Ahora aquella muchacha, la de la barra, notó que alguien la estaba observando, y cuando sus ojos se enfocaron en la mesa de donde partía esta mirada, descubrió a la mujer de gafas, que ya no estaba con gafas, sino luciendo unos redondos ojos negros, luminosos y profundos. La muchacha miró una vez, y luego siguió prestándole atención a su trago. Pero como la mujer de la mesa seguía mirándola, la muchacha la miró también, y esta vez lo hizo con un interrogante en la mirada. A esta mirada, la mujer de gafas le contestó con una seña. Esta seña se parecía a una invitación para que se acercara. ¿Qué es lo que quería aquella tipa? Nunca la había visto. ¿Qué pretendía con aquello de que se acercara a la mesa?

La muchacha de pelo corto, no era nada ingenua. La calle la había moldeado en toda suerte de presunciones, y sabía muy bien lo que la gente quería o dejaba de querer. La mujer de la mesa quería algo, pero para averiguarlo tenía que ir hasta donde estaba ella. ¿Qué perdía? Se sentía sola, frustrada por los últimos acontecimientos que le había tocado vivir. Y algo aún peor: estaba sin un centavo en los bolsillos. Tal vez la mujer de la mesa la invitara con un trago. Necesitaba emborracharse para olvidar las penas, pero difícilmente podría hacer esto sin dinero.

Ya no dudó más, y avanzó hacia la mesa. Del otro lado, la mujer de gafas la vio caminar a la muchacha hacia ella, y ahí fue que descubrió lo hermosa que era. No era muy alta de estatura, pero esto no le restaba encanto a su figura. Vestía una chaqueta negra, y una pollera a cuadros un palmo sobre las rodillas. Lucía como si hubiera escapado de un colegio. Este detalle puso un brillo más animoso en los ojos de la mujer de gafas.

- ¿Me llamaba, señora?

- Si. ¿Quieres tomar una copa conmigo?

- ¿Por qué haría eso?

-Tal vez porqué las dos estamos solas, y bastante hastiadas de la vida- y en este punto la mujer de gafas le hizo una seña invitándola a sentarse frente a ella.

La muchacha dudó un instante. Pero esta duda se disipó pensando en la copa con que la mujer la había invitado.

- ¿Qué quieres tomar?

La muchacha señaló el vaso de la mujer de gafas, y dijo:

-Lo mismo que usted, si no le molesta.

La mujer de gafas le hizo una seña al mozo, y al poco tiempo este regresó con otro vaso con hielo. Sirvió wiski en el vaso de la muchacha, y luego repitió esta acción en el vaso de la mujer de gafas.

-Háblame de ti. ¿Cuál es tu problema?

-No tengo ningún problema.

-Querida- dijo la mujer de gafas con un suspiro- Nadie viene a un tugurio como este si no tiene un problema. Pero no me lo digas si no quieres. Te invité a una copa, y ahí la tienes.

La muchacha bebió un sorbo de wiski, y enseguida dijo:

- ¿Cuál es el suyo?

- ¿Mi problema? Es largo de contar y no creo que te interese oírlo.

- ¿Por qué no prueba? - la desafió la muchacha.

- Primero dime cual es el tuyo.

Aquello parecía un juego. Una mujer y una chiquilla desafiándose a quien contaba primero su problema.

-Seguro que es menos interesante que el suyo- dijo la muchacha con una tibia sonrisa. Sus dientes eran blancos. Parejitos. Como de pequeña ardilla. Pero la ventana a través de la cual se asomaban, era lo mejor de todo: una boca redonda, de labios gordezuelos, de tono tan rosáceo como el que campeaba en sus mejillas- pero se lo voy a contar igual.

Tomó otro trago, y dijo simplemente:

- Acabo de pelearme con mi novio, y no tengo un centavo. Vivía en una pieza que él pagaba. Pero ahora estoy en la calle.

- ¿Por qué pelearon?

-Porqué es un celoso estúpido. No me dejaba ni a sol ni a sombra. Hasta que me harté.

-Un poco de razón tenía.

- ¿Por qué dice eso?

- Porqué eres una muchacha muy hermosa.

La muchacha levantó sus ojos hacía la mujer de gafas, y se encontró con unos ojos negros, muy brillantes. Calculó que la dueña de los mismos tendría unos treinta y cinco años, tal vez cuarenta. Pero no más. Era atractiva. Una belleza refinada, como de las que suelen verse en las portadas de las revistas de moda.

- Suponiéndose que eso sea cierto ¿de que sirve?

-Algunas veces de mucho, y otras de poco.

La muchacha no le pidió a la mujer que le aclarara aquel enigma. Tomó otro trago en silencio, y luego dijo:

- ¿Le pareceré muy atrevida si le pido un cigarrillo?

Como respuesta a esto, la mujer le tendió un cigarrillo. La muchacha se lo puso en los labios, adelantando luego a estos hacia delante en una señal inequívoca. La mujer sacó entonces un encendedor dorado, y le dio lumbre con él al cigarrillo. Al hacer esto extendió una mano blanca, suave y delicada. En uno de los dedos de la misma, lucía un anillo. Al verlo, la muchacha susurró:

- ¿No tiene miedo de usar eso? Un día le van cortar el dedo.

- No es para tanto, querida.

- ¿Qué no es para tanto? Yo lo veo muy hermoso. Y parece caro. Ha de valer…

-Dos. - dijo la mujer.

- ¿Dos qué? - preguntó la muchacha.

-Dos mil.

- ¿Dos mil pesos? - preguntó la muchacha con admiración.

La mujer lanzó una bocanada de humo, deslizando en tono aburrido:

-Dólares.

Esto la dejó enmudecida. ¿Quién que fuera capaz de tener un anillo tan costoso, podría tener problemas, y tratar de resolverlos u olvidarlos en aquel bar de mala muerte?

-No entiendo cual puede ser su problema- dijo ahora- Con un anillo así…

-No todo lo resuelve el dinero, querida. No todo. A veces cuesta mucho dolor obtenerlo.

-Sin embargo, no me ha dicho todavía cual es su problema.

-Ni te lo diré. Pero no es que haga esto por fastidiarte. A diferencia del tuyo, el mismo no tiene solución, y si lo tiene…

- ¿Dice que el mío tiene solución? - la interrumpió la muchacha- Perdóneme. Pero no parece saber usted de lo que habla. Con todo respeto se lo digo. – y luego añadió con tono algo apagado-Esta noche voy a dormir en la calle.

La mujer volvió a ponerse las gafas. Quizás lo que iba a decir ahora, dejaría ciertos indicios en su mirada. Luego de beber un sorbo más de wiski, tomó una de las manos de la muchacha, y dijo:

-Podría alquilarte un cuarto, por esta noche.

La muchacha se apresuró a retirar la mano.

- ¿A cambio de qué?

La mujer no le respondió. Llamó al mozo, y le abonó la cuenta. Luego dejó su silla.

- Veo que eres muy desconfiada- dijo ahora- y eso está bien. De todos modos, no soy más que una extraña. Ha sido un gusto charlar contigo- y dando media vuelta comenzó a caminar hacia la salida del bar.